

BREVES
VIDA CRISTIANA



Unidad y amor al Buen Pastor

Pedro al timón, Dios en la barca
Querer ser hijos, abrirnos a un hogar



Diego Zalbidea y Andrés Cárdenas Matute

UNIDAD Y AMOR AL BUEN PASTOR

www.opusdei.org

Contenidos

- Presentación
- I. Pedro al timón, Dios en la barca: unión con el Papa
- II. Querer ser hijos, abrirnos a un hogar: filiación y paternidad en el Opus Dei

Presentación

Presentación

La unidad de los cristianos entre sí se deriva como una participación de la unidad de amor que se da entre las personas de la Santísima Trinidad. En la tierra, esa “prolongación de ese Amor del Cielo”^[1], se realiza a través de la unión afectiva y efectiva con el Romano Pontífice y, como parte de la Iglesia, en el Opus Dei también se expresa a través de la filiación con el Prelado.

Este libro electrónico recoge dos artículos para expresar esa unidad. El primero trata sobre el testimonio de san Josemaría y de los santos sobre el amor al Papa. “Amar al Padre Santo es amar a Cristo y a su Madre, a nuestra Madre Santísima, María: «Omnes, cum Petro, ad Iesum per Mariam», todos, con el Papa, hemos de ir a Jesús por María”^[2], resumía el fundador del Opus Dei, dejando a los cristianos una rica herencia de fidelidad al Santo Padre y a la Iglesia. Entre otros santos, también se hace referencia a la experiencia de santa Catalina de Siena, quien le llamaba *el Dulce Cristo en la tierra*; así como de san Ireneo, el cual decía que la unidad se realiza en la Iglesia junto al Papa: «en ella, todos los que se encuentran, en todas partes, han conservado la tradición apostólica»^[3]

El segundo artículo aborda la unión con el Prelado de la Obra, ahondando en la paternidad y la filiación de esta familia sobrenatural dentro de la Iglesia. Como señala Mons. Fernando Ocáriz, “la dimensión carismática de la Obra nos invita a reforzar el ambiente de familia, de cariño y confianza: el prelado ha de ser guía, pero, ante todo, padre”^[4].

Santiago Salcedo Porras

^[1] San Josemaría, *A solas con Dios*, n. 143 (AGP, biblioteca, P10).

^[2] San Josemaría, *Apuntes íntimos*, 17-XI-1930, n. 110.

^[3] San Ireneo de Lyon, *Contra los herejes*, III, 3, 2.

^[4] Mons. Fernando Ocáriz, *Mensaje del 22-VII-2022*.

[Volver al contenido](#)

I. Pedro al timón, Dios en la barca: unión con el Papa

Termina una jornada agotadora para Jesús. Tanta gente ha venido a escucharlo, que tuvo que hablar desde la barca de uno de sus discípulos. Les relató varias parábolas: el sembrador, la lámpara encendida, el grano de mostaza... Una vez despedida la multitud, parten hacia la orilla oriental del lago de Tiberíades, quizá a bordo de la misma embarcación. Sopla una brisa suave. No es el mejor momento para descansar, pero Jesús encuentra un cabezal en la popa y se deja vencer por el sueño. Tiene plena confianza en las manos expertas de sus apóstoles para atravesar las aguas.

Al poco tiempo, el mar se desata: la brisa se transforma poco a poco en viento fuerte y asistimos al relato de una nueva *parábola*, hecha esta vez no con palabras, sino en vivo y en directo. Los evangelios nos hablan de una gran tempestad que amenaza con hundir la barca (cfr. Mc 4,37). Por la situación geográfica de esa zona, no es algo infrecuente: el lago está bordeado por montañas en el norte y se encuentra en una depresión de doscientos metros bajo el nivel del mar. Suele ocurrir cuando cae la tarde y el viento golpea enfurecido desde el oeste, agitando las aguas.

A bordo, no en la orilla

Muchos padres de la Iglesia han visto en la barca sacudida por las olas y el viento una imagen de la Iglesia. «El mar simboliza la vida presente y la inestabilidad del mundo visible; la tempestad indica toda clase de tribulaciones y dificultades que oprimen al hombre. La barca, en cambio, representa a la Iglesia edificada sobre Cristo y guiada por los apóstoles»^[1]. En su última audiencia general, a la vuelta de casi ocho años como sucesor de Pedro, Benedicto XVI confesaba haber pasado, junto a los días de sol y de brisa suave, también otros momentos con vientos tempestuosos. «Pero siempre supe –continuaba– que en esa barca estaba el Señor y siempre he sabido que la barca de la Iglesia no es mía, no es nuestra, sino que es suya. Y el Señor no deja que se hunda; es él quien la conduce, ciertamente también a través de los hombres que ha elegido, pues así lo ha querido»^[2].

Esta certeza, que forma parte del claroscuro de la fe, nos impulsa a no mirar la tempestad desde la orilla, como si fuera algo ajeno a nosotros. No se trata de un crucero en el que una parte de la tripulación solo se dedica a mirar: somos pescadores, compañeros de faena de Pedro y de los apóstoles. Somos responsables de ayudar a quienes vienen a bordo, cada uno desde nuestro lugar, también sosteniendo al Papa que nos guía.

Apenas dos semanas después de aquella última audiencia de su predecesor, al terminar sus primeras palabras el día que fue elegido, el Papa Francisco nos recordó que necesita de nosotros, cosa que desde entonces suele hacer con frecuencia: «Ahora quisiera darles la bendición, pero primero, les pido un favor: antes de que el obispo bendiga al pueblo, les pido que recen al Señor para que me

bendiga. Les pido la oración del pueblo que pide la bendición para su obispo. Hagamos en silencio esta oración de ustedes por mí»^[3]. Así nos enseñó también a hacer san Josemaría; desde muy pronto, tenía la ilusión de que todas las personas del Opus Dei y quienes, de un modo u otro, se acercan al calor de esta familia, pudieran rezar diariamente por el Papa, pidiendo concretamente a Dios: que lo cuide, lo anime, lo haga feliz y que le dé fuerza en las tempestades^[4].

El amor al Papa, un don que se recibe

Al atardecer del 23 de junio de 1946, san Josemaría había llegado a Roma después de varias peripecias, entre las que se contaba otra tempestad marina, esta vez en el Mediterráneo. El piso que sus hijos habían alquilado contaba con una pequeña terraza que se asomaba a Piazza Città Leonina. Desde allí se podían divisar las ventanas de las habitaciones del Papa Pío XII. El fundador del Opus Dei pasó la noche en vela, rezando por la Iglesia y por el Romano Pontífice. Años más tarde, contaba que algún eclesiástico se burló de ese gesto filial, tal vez por considerarlo ingenuo o inútil: «Se rieron de mí. En un primer momento, esa murmuración me hizo sufrir; después ha hecho surgir en mi corazón un amor al Romano Pontífice menos español –que es un amor, que brota del entusiasmo–, pero mucho más firme, porque nace de la reflexión: más teológico y, por tanto, más profundo»^[5].

El amor al Santo Padre, «fundamento perpetuo y visible de unidad, así de los Obispos como de la multitud de los fieles»^[6], va madurando poco a poco, a lo largo de los años. Al inicio seguramente se alimenta de un entusiasmo humano que, con el tiempo, se va tornando «más teológico», más consciente de sus razones, de su importancia y de su carácter sobrenatural, difícil de explicar solo con parámetros humanos.

San Josemaría vivió bajo la guía de diversos Papas. Cuando era pequeño, san Pío X gobernaba la Iglesia y a él debe la gracia de haber recibido tan temprano su primera comunión. Después, decidió hacerse sacerdote cuando el Papa era Benedicto XV. El Opus Dei nació bajo el pontificado de Pío XI y recibió la aprobación definitiva de manos del venerable Pío XII, que fue el primer Papa con quien san Josemaría se encontró personalmente. San Juan XXIII lo recibió varias veces, mostrándole un cariño paternal, y de san Pablo VI fueron «las primeras palabras de cariño y afecto»^[7] que encontró al llegar a Roma. El fundador del Opus Dei recogió en *Camino* algo que Dios le había regalado desde su juventud y que sería un hilo conductor durante todos estos pontificados: «Gracias, Dios mío, por el amor al Papa que has puesto en mi corazón»^[8].

Aquellas palabras nos sugieren que el amor al Romano Pontífice es algo que no controlamos necesariamente con nuestra fuerza de voluntad, con una convicción puramente teórica o con una natural simpatía. Con esta breve oración san Josemaría agradece este amor como un don de Dios, como algo recibido gratuitamente. Así se explica mejor lo que aprendió de su primera noche romana: a querer al Papa con un amor recibido de Dios, que no está a merced de las tempestades, que no depende de una mayor o menor afinidad. La misma mañana del día de su fallecimiento, el fundador del Opus Dei pidió que una persona cercana a Pablo VI le transmitiera el siguiente mensaje: «Desde hace años, ofrezco la santa Misa por la Iglesia y por el Papa. Podéis asegurarle –porque me lo habéis oído decir muchas veces– que he ofrecido al Señor mi vida por el Papa, cualquiera

que sea»^[9].

San Josemaría, santa Catalina, san Jerónimo...

En la sede central del Opus Dei, en Roma, una pequeña arca de plata guarda una reliquia de santa Catalina de Siena. Sobre un esmalte de la urna, puede leerse, en latín: «Amó con obras y de verdad a la Iglesia de Dios y al Romano Pontífice». La santa del siglo XIV había escrito en una de sus cartas, refiriéndose al Papa: «Lo que le hacemos a él, se lo hacemos al Cristo del cielo, sea reverencia, sea vituperio»^[10]. También pedía en otra: «Humildemente quiero que pongamos la cabeza en el regazo de Cristo en el cielo con afecto y amor, y de Cristo en la tierra, que hace sus veces, por reverencia a la sangre de Cristo, de la que él tiene las llaves»^[11].

Esta convicción sobre la figura del Romano Pontífice –rodeado, en aquel siglo, de complicadas tormentas– permitía a santa Catalina hacerse cargo de la inmensa responsabilidad que pesa sobre los hombros de los Papas, y la llevaba a cultivar una intensa oración de intercesión por ellos. San Josemaría, lector de los escritos de la santa de Siena, decía también: «Mil veces me cortarí la lengua con los dientes y la escupiría lejos, antes de pronunciar la menor murmuración de quien más amo en la tierra, después del Señor y de Santa María: *il dolce Cristo in terra*, como suelo decir, repitiendo las palabras de santa Catalina»^[12]. Esta actitud es todo lo contrario a hablar negativamente en público sobre el Papa o a menoscabar la confianza en él, tampoco en casos en los que no se comparta algún criterio personal concreto. Si esto último llegase a suceder, es debido al menos un «asentimiento religioso del entendimiento y de la voluntad»^[13] a sus enseñanzas.

Los testimonios de esta unión con el Papa en las vidas de los santos son tan numerosos como los mismos santos. Por mencionar tan solo uno más, podemos pensar en lo que casi mil años antes san Jerónimo escribía al Papa san Dámaso, con su estilo lapidario y ardiente: «No sigo más primado que el de Cristo; por eso me pongo en comunión con tu beatitud, es decir, con la cátedra de Pedro. Sé que sobre esta piedra está edificada la Iglesia. Quien se alimente del Cordero fuera de esa casa es un impío. Quien no está en el arca de Noé, perecerá el día del diluvio»^[14].

Podríamos decir, en fin, que la barca de la Iglesia tiene un sistema de orientación con tres fuentes: primero Cristo que, aunque a veces duerma, está presente en cada parte y en cada tripulante; después, María, como estrella que permanece iluminándonos, aunque las olas sean grandes; y, después, Pedro, al mando del timón por mandato del mismo Jesús. «Cristo. María. El Papa. ¿No acabamos de indicar, en tres palabras, los amores que compendian toda la fe católica?»^[15].

Orar en medio de olas y vientos

Al meditar sobre esta tempestad en el lago de Tiberíades, san Agustín exhortaba a la confianza en quien de verdad gobierna no solo la barca, sino el mundo entero: «Imita al mar y a los vientos, y obedece al Creador. El mar atiende al mandato de Cristo, ¿y tú estás sordo? El viento amaina, ¿y tú soplas? ¿Qué es lo que pasa? Yo digo, yo hago, yo pienso que... Todo esto, ¿qué es sino soplar y no querer amainar ante la voz de Cristo? Que las olas no os arrastren ante las confusiones de vuestro

corazón»^[16].

Nada escapa de los planes providentes de Dios: tampoco los vientos ni las olas. «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?”. El comienzo de la fe es saber que necesitamos la salvación. No somos autosuficientes; solos nos hundimos. Necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas. Invitemos a Jesús a la barca de nuestra vida. Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con él a bordo, no se naufraga»^[17]. Pero para que esa convicción eche raíces en nosotros es necesario entrar en su lógica a través de una vida contemplativa, de una vida de oración que se abra a las acciones de Dios, muchas veces sorprendentes para nosotros. Tendremos que desprendernos de la tentación de querer tomar el timón en nuestras manos. «El amor al Romano Pontífice ha de ser en nosotros –decía san Josemaría– una hermosa pasión, porque en él vemos a Cristo. Si tratamos al Señor en la oración, caminaremos con la mirada despejada que nos permita distinguir, también en los acontecimientos que a veces no entendemos o que nos producen llanto o dolor, la acción del Espíritu Santo»^[18].

Hasta el sueño de Jesús en la barca es redentor. Esa aparente inactividad es su modo habitual de actuar: él apela a nuestra libertad; nos implica en la misión maravillosa de llevar a los hombres el amor infinito de su Padre. Su corazón está siempre atento, «no dormita, no se duerme el guardián de Israel» (Sal 121,4). Aunque a veces no comprendamos sus tiempos o sus modos –su paciencia–, podremos siempre acabar diciendo de él que, «a la vez que calmó la tempestad de las aguas, calmó también la tempestad de las almas»^[19].

[1] Benedicto XVI, Ángelus, 7-VIII-2011.

[2] Benedicto XVI, Audiencia, 27-II-2013.

[3] Francisco, bendición apostólica *Urbi et orbi*, 13-III-2013.

[4] Cfr. Preces del Opus Dei. Allí se recoge la tradicional oración *Oremus pro Pontifice*.

[5] San Josemaría, *Carta* 17, n. 19.

[6] Concilio Vaticano II, Const. dog. *Lumen Gentium*, n. 23,

[7] San Josemaría, *Conversaciones*, n. 46.

[8] San Josemaría, *Camino*, n. 573.

[9] Beato Álvaro del Portillo, *Entrevista sobre el fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 2001, p. 232.

[10] Santa Catalina de Siena, *Carta* 207, I, 436.

[11] Santa Catalina de Siena, *Carta* 28, I, 549

[12] San Josemaría, *Carta* 17, n. 53.

[13] Código de Derecho Canónico, n. 752. Cfr. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 892.

[14] San Jerónimo, Carta al Papa Dámaso, 2.

[15] San Josemaría, *Instrucción acerca del espíritu sobrenatural de la Obra*, n. 31.

[16] San Agustín, Sermón 63, n. 3.

[17] Francisco, Momento extraordinario de oración en tiempos de epidemia, 27-III-2020.

[18] San Josemaría, *Amar a la Iglesia*, n. 30.

[19] San Cirilo, en *Catena Aurea*, Lc 8,22-25.

[Volver al contenido](#)

II. Querer ser hijos, abrirnos a un hogar: filiación y paternidad en el Opus Dei

Cada vez que es elegido un nuevo sucesor de san Josemaría y, posteriormente, nombrado por el Papa, esa persona pasa de ser hijo a ser Padre de esta familia sobrenatural. El Espíritu Santo obra una transformación en su corazón. Ocurrió en 1975, año en que falleció el fundador, así como en 1994, en 2017, y seguirá sucediendo mientras la Obra continúe su camino. Cuando acontece esta sucesión, también cada fiel de la Obra aprende a ser hijo de una manera nueva. En realidad, se trata de una oportunidad que se nos presenta, diariamente, toda la vida.

Aunque uno sea hijo por generación natural o por vínculos espirituales, aquella relación puede permanecer simplemente como un «hecho», como algo que está allí, tal vez olvidado, y que no es elegido *en presente* con una fuerza personal. Porque, por encima de ese «hecho», podemos además escoger «vivir como hijos», de la misma manera que un padre de familia supera el simple «saberse padre» para, efectivamente, escoger «vivir como padre», para asumir la belleza de esa relación. Aquella elección supone no contentarnos con «ser hijos», que ya es bastante, sino también «querer ser hijos», abrirnos al calor de un hogar.

El Espíritu Santo: escuela para ser hijos y para ser Padre

Sin irnos muy lejos, san Josemaría tuvo que aprender a ser padre. «Hasta el año 1933 me daba una especie de vergüenza el llamarme “Padre” de toda esta gente mía», comentaba, refiriéndose a los primeros años que siguieron a la fundación del Opus Dei. «Por eso yo les llamaba casi siempre “hermanos” en vez de “hijos”»^[1]. Se puso, sin embargo, a la escucha del Espíritu Santo, y pronto pudo entreverse en sus expresiones ese sentimiento de sano orgullo por los suyos: «No puedo dejar de levantar el alma agradecida al Señor, de quien procede toda familia en los cielos y en la tierra, por haberme dado esta paternidad espiritual que, con su gracia, he asumido con la plena conciencia de estar sobre la tierra solo para realizarla. Por eso, os quiero con corazón de padre y de madre»^[2].

Muchas veces el fundador del Opus Dei confesaba que, inexplicablemente, sentía su corazón ensancharse cada vez más, conforme eran más numerosas las personas que se acercaban al calor de esta familia. Al mismo tiempo, era consciente de que él, personalmente, no era imprescindible. Sabía que estaríamos bien cuidados cuando ya no se encontrara físicamente en la tierra para ejercer su paternidad: «Hijos míos, os quiero –no me importa decirlo, porque no exagero– más que vuestros padres. Y estoy seguro de que en el corazón de los que me sucedan, encontraréis este mismo cariño –iba a añadir que más, aunque me parece imposible–, porque tendrán muy metido dentro del alma este espíritu tan de familia que informa la Obra entera. Llamadles Padre, como lo hacéis conmigo»^[3].

La familia es mayor que la parte

La decisión de asumir una paternidad o asumir una filiación –querer vivir verdaderamente como padres o como hijos– supone superar la lógica del aislamiento y entrar en la lógica de la familia. Decía san Juan Pablo II que «Dios, en su misterio más íntimo, no es una soledad, sino una familia, puesto que lleva en sí mismo paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor»^[4]. Por eso, siempre hace germinar su palabra en el terreno fértil de esos vínculos humanos: una familia, una agrupación, un pueblo... hasta llegar a la comunidad universal que es la Iglesia. De Dios Padre, señala san Pablo, «toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra» (Ef 3,15).

Dice el refrán africano: «Si quieres ir rápido ve solo, si quieres llegar lejos, ve acompañado». Una familia nos regala una mirada más amplia: nos enriquecemos con muchas otras sensibilidades y perspectivas. En el caso de la Obra, nos enriquecemos de los fieles de todas las latitudes, guiados por el Padre. El Papa Francisco ha hablado muchas veces sobre la bonita tarea de conjugar nuestro afán santo por mejorar lo que tenemos a mano, con la pertenencia a una familia que se extiende más allá de lo que alcanzamos a tocar: «El todo es más que las partes y también es más que la mera suma de ellas. Entonces, no hay que obsesionarse demasiado por cuestiones limitadas y particulares. Siempre hay que ampliar la mirada para reconocer un bien mayor que nos beneficiará a todos. Pero hay que hacerlo sin evadirse, sin desarraigos. Es necesario hundir las raíces en la tierra fértil y en la historia del propio lugar»^[5].

A medida que van creciendo, los hijos se entusiasman cuando su padre les confía algo importante. Sentirse valorados forma parte del proceso que les lleva a ser adultos. Y esos actos de confianza suelen ser cada vez de mayor envergadura. No siempre hace falta que la petición sea expresa. Cuando el hijo ha aprendido a adelantarse a las necesidades de su familia, le basta una insinuación. Trata de comprender la voluntad de su padre, quiere asumirla como propia, se ofrece para realizarla. En el caso de la familia de la Obra, esas señales del Padre las podemos recibir a través de sus frecuentes comunicaciones en mensajes y cartas; teniendo la atención despierta para detectar sus preocupaciones cuando participa en encuentros o entrevistas; procurando reconocer su guía en las orientaciones y sugerencias que nos hace llegar para toda la Obra que, de algún modo, tienen prioridad sobre lo particular. Los hijos buscan sorprender al padre demostrándole que no solamente comprenden bien sus palabras, sino que incluso van más allá: las recuerdan en cada momento, se impulsan en ellas y las hacen fecundas.

Dificultades de moverse al ritmo divino

Mirando la vida de Cristo comprendemos bien que filiación y cruz no son incompatibles, sino todo lo contrario: ambas están marcadas por la promesa de la resurrección. Toda filiación natural y espiritual tienen también, de alguna manera, esta doble dimensión. Su fundamento es el amor y, por eso, el dolor puede hacerse presente: no para estropearlo todo, sino para mostrar hasta qué punto esa relación es firme, segura, resistente a la fuerza de cualquier vaivén. Ser hijo implica estar unido a la voluntad amorosa de un padre. Y no debe sorprendernos que esto requiera, en ocasiones, sufrir.

Esta actitud no anula las dificultades que podamos encontrar, ni siquiera nos asegura que se optará por la mejor solución desde el punto de vista humano, pues todos nos podemos equivocar. Lo que sí sabemos es que el Espíritu Santo es quien nos guía, y que para él no hay obstáculo insalvable, ni descamino que no tenga retorno. Este dinamismo es parte de sabernos insertados en una lógica sobrenatural, de Dios, con muchas más dimensiones que solamente ese *largo y ancho* que se asoma ante nuestros ojos. Tantos santos se han movido con estas coordenadas, a veces sin mucho acuerdo humano, pero de acuerdo con el Espíritu Santo que suena una melodía que a veces no comprendemos del todo. «Para ser buen bailarín contigo –decía una escritora del siglo XX, refiriéndose a la docilidad hacia aquella música divina– no es preciso saber adónde lleva el baile. Hay que seguir, ser alegre, ser ligero (...). No hay por qué querer avanzar a toda costa sino aceptar el dar la vuelta, ir de lado, saber detenerse y deslizarse»^[6].

Esa cruz que puede venir junto a cualquier filiación no será de ordinario grande y pesada. No pretendemos sostener todo el peso, sino solamente lo que un hijo puede llevar. Es nuestro deseo más grande aportar, con nuestros *ahorros*, un granito de arena al *negocio familiar*.

Un mensaje velado

Entre las costumbres que san Josemaría, por inspiración de Dios, quería que vivieran las personas del Opus Dei, se encuentran la oración y la mortificación diarias por el Prelado. A ojos humanos puede parecer muy poco, pero, unidas y avivadas con la caridad de Dios que las impulsa, se convierten en un potente flujo de gracia.

Es lógico que los sucesores de san Josemaría hayan sentido el peso de esa *bendita carga* que Dios ha puesto en sus hombros. Al mismo tiempo, es el Espíritu Santo quien de verdad realiza la misión sobrenatural que se les ha encomendado como pastores. El Padre confesaba, al final de su carta del 14 de febrero de 2017, pocos días después de ser nombrado Prelado del Opus Dei por el Papa: «Hijas e hijos míos, si en este mundo, tan bello y a la vez tan atormentado, alguno se siente alguna vez solo, que sepa que el Padre reza por él y le acompaña de verdad, en la comunión de los santos, y que lo lleva en su corazón. Me gusta recordar en ese sentido cómo la liturgia canta la presentación del Niño en el Templo (...): parecía, dice, que Simeón sostuviera a Jesús en sus brazos; en realidad, era al revés, (...) era el Niño quien sostenía al anciano y lo dirigía. Así nos sostiene Dios, aunque a veces podamos percibir solamente lo que nos pesan las almas»^[7].

Detrás de estas palabras, quizá podemos intuir un mensaje velado y discreto para cada uno. Es como si el Padre nos dijera que le sostenemos nosotros. Siente el peso de ser el Padre, de haberse convertido en guía y pastor de este rebaño, pero le alivia descubrir que somos nosotros los que le sostenemos con nuestra oración, con nuestro sacrificio y con nuestro impulso en la aventura que nos propone. Dios se sirve de nosotros para sostenerle.

^[1] San Josemaría, Apuntes íntimos, 28-X-1935. Citado en A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, tomo I, Rialp, Madrid 1997, p. 555.

^[2] San Josemaría, *Cartas* 11, n. 23.

^[3] San Josemaría, Comunicación leída por don Álvaro del Portillo al inicio del Congreso Electivo del primer sucesor del Opus Dei, 15-IX-1975.

^[4] San Juan Pablo II, Homilía, 28-I-1979.

^[5] Francisco, Ex. ap. *Evangelii Gaudium*, n. 235.

^[6] Sierva de Dios Madeleine Delbrêl, “El baile de la obediencia”.

^[7] Mons. Fernando Ocáriz, Carta Pastoral 14-II-2017, n. 33.

[Volver al contenido](#)

© Fundación Studium, 2022

www.opusdei.org